

MARGINACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL. El caso de los jóvenes en el Consejo Popular Colón de la ciudad de La Habana

Elaine Morales Chuco¹

INTRODUCCIÓN

Los análisis de las ciencias sociales latinoamericanas coinciden generalmente en resaltar la importancia del protagonismo juvenil en el desarrollo social. En función de esta tesis han hecho propuestas que contribuyen a perfeccionar las políticas sociales encaminadas a disminuir o transformar los aspectos negativos que limitan la inserción activa, constructiva y productiva de los jóvenes en nuestras sociedades.

Se comparte también la idea de que la participación de este grupo de la población en el avance de la humanidad está condicionada por la calidad de la formación que tenga como sujeto. Esto responde a su vez a una relación armónica de elementos endógenos y exógenos, entendiendo por los primeros aquellas características individuales que hacen único a un individuo y que tienen que ver con los rasgos físicos y psicológicos particulares, mientras que los segundos atañen al contexto económico, político y social, y se traducen en políticas, estrategias y planes destinados a garantizar las oportunidades que requiere cada persona joven para su desarrollo.

¹ Licenciada en Psicología por la Universidad de La Habana (Cuba) y magíster en Desarrollo Social por el programa FLACSO-Cuba de la misma universidad. Es subdirectora científica del Centro de Estudios sobre la Juventud de Cuba e investigadora y profesora auxiliar adjunta de la Universidad de La Habana.

La actual generación de jóvenes latinoamericanos es, como sus antecesoras, diversa desde el punto de vista físico y psicológico. Estos aspectos, por lo tanto, no constituyen un verdadero freno a su desarrollo. Sin embargo, la agudización de la pobreza, la marginalidad, la exclusión y la vulnerabilidad social que desde hace varias décadas sufre la región, sí es percibida como una limitación relevante, pues ha reducido la oferta integral que el contexto de cada país brinda a los jóvenes.

La menor inversión social en las personas, y sobre todo en los jóvenes, es en la actualidad una de las características de América Latina. A nuestras sociedades se les está negando, en consecuencia, su propia reproducción con calidad, y estos fenómenos se están haciendo extensivos a la juventud. El panorama se exagera en las zonas urbanas, en especial en las grandes urbes, en las que hay una evidente contradicción entre su anterior prosperidad y su actual desesperanza (Urani, 2006).

Cuba, con un proyecto socialista de desarrollo, difiere bastante del resto de los países de la región. No obstante, su panorama socioeconómico es complejo, y sin duda toca a la juventud. El recrudecimiento del bloqueo, la crisis y la reforma incrementaron las desigualdades sociales a partir de elementos no legitimados socialmente. La concreción del principio básico del socialismo cubano —la igualdad y la justicia social— se ve amenazada.

En correspondencia con las consecuencias de esta situación para la continuidad de la Revolución, las políticas sociales emprendidas en los últimos seis años apuestan a hacer patente la justicia, el protagonismo juvenil y las garantías para su solidez. Así, se han puesto en marcha más de un centenar de proyectos sociales cuya finalidad es ofrecer nuevas oportunidades de educación y empleo a la juventud en general, pero en especial a la más afectada.

Las ciencias sociales cubanas, por su parte, han jugado un importante papel: han contribuido a la comprensión de los procesos de marginación, pobreza y exclusión social que hacen más vulnerables a determinados sectores juveniles, y han hecho propuestas para perfeccionar el modelo de desarrollo socialista. La articulación de intervenciones sociales de tipo macro y micro deberán contribuir a reducir tales fenómenos.

Los conceptos que han centrado la atención de los científicos sociales cubanos en los últimos años, así como la caracterización de la situación actual de la juventud y de las políticas a ella dirigidas, constituyen algunos de los elementos que se presentan a continuación.

MARGINALIDAD Y EXCLUSIÓN SOCIAL: UNA MIRADA A SU CONCEPTUALIZACIÓN

Entre las ciencias sociales, la sociología y la economía son las disciplinas que más se han dedicado al estudio de estos temas: los han descrito, explicado y han propuesto nuevos modelos para el análisis y el trazado de políticas. La psicología y la pedagogía han cedido la primacía, no obstante, han realizado aportes en los temas relacionados con la transformación de los grupos y sujetos que viven en las condiciones mencionadas.

Luego de los importantes aportes de Germani, Nun, Quijano y Lewis, los estudios más recientes han hecho numerosas reflexiones sobre la marginalidad y la pobreza, relacionando ambos fenómenos con la exclusión.

Marcial, investigador de las culturas juveniles, hace hincapié en que la marginalidad es la peor forma de integración social. La concibe también en relación con la población que no tiene acceso a ciertos servicios sociales y urbanos como la educación, el trabajo, la canasta básica completa, la vivienda digna, la recreación, el agua entubada y la electricidad, entre otros. Al mismo tiempo, advierte que al denominar a este sector de la población como marginal, se corre el riesgo de diferenciar y excluir del resto de la sociedad, limitando las posibilidades del trabajo integral que se debe hacer con él (Marcial, 1995).

Señala que, por lo general, la exclusión y el rechazo han tenido su base en la intolerancia de un sector en el proceso de integración con individuos supuestamente marcados por su origen, situación socioeconómica, religión, actividad laboral, identidad, preferencia sexual, forma de vestir, gestos, características corporales, diferencias biológicas, naturales o de crecimiento individual. Los marginales han sido entonces las personas apartadas de la normalidad, de las características que se deberían tener; así dejan de gozar de los beneficios de la vida social. Las mujeres, los niños y las niñas, las personas enfermas, los pobres, los extranjeros y también quienes se dedican a la prostitución, a la mendicidad y a la especulación, han sido estigmatizados y limitados en el goce de sus derechos.

En las definiciones de marginalidad de autores españoles dedicados al trabajo directo con adolescentes y jóvenes se aprecia la influencia del debate marginalidad-integración. La asumen como “[...] situación o posición en la que se encuentran grupos sociales que están al margen, pese a su voluntad de integrarse”, y la definen también como “[...] el proceso por el cual las personas o colectivos con mayor vulnerabilidad llegan a la exclusión social que supone otras exclusiones previas de la educación, de la cultura, del trabajo [...]”. En ambas definiciones llama la atención la referencia a una dinámica anterior de los sujetos o grupos, que es condición y antecedente importante para la emergencia

de una situación de marginalidad. Visto así, se refuerza la noción de marginalidad asociada a un proceso complejo, con causas y consecuencias disímiles (Asociación Cultural La Kalle, 1995).

Otros autores —Katzman entre ellos— se refieren a la marginalidad ya no tanto en relación con la ubicación geográfica de la vivienda, sino con respecto al mercado del trabajo y a la ubicación dentro de la estructura ocupacional. Katzman destaca la presencia de elementos psicológicos cuando plantea que la marginalidad, como posición social, resulta del efecto combinado o del desajuste de tres elementos: las metas culturales legitimadas por la cultura, que definen los estilos de vida a los que aspira la mayoría de la población; el acceso a los medios o las oportunidades para alcanzar tales metas, que dependen fundamentalmente de la capacidad de la economía para absorber mano de obra en empleos productivos; y finalmente, la capacidad de los individuos para aprovechar tales condiciones (Katzman, 1997).

Según Katzman, la fuente esencial de la marginalidad es el debilitamiento del capital social expresado en la desarticulación familiar y en la segmentación social, tanto en el plano residencial como en el educativo. Esto funciona de manera cíclica, en etapas individuales o de generación en generación. El proceso de segmentación en sus dos alternativas crea barreras que entorpecen la interacción de personas de diferentes estratos sociales y por consiguiente debilita la posibilidad de integración. En el caso de la segmentación residencial, Katzman señala que la formación de guetos con precarias condiciones materiales propicia el aislamiento respecto a la sociedad global. A esto se suma la migración de las personas con más autoridad moral, lo que crea un cierto vacío normativo que allana el camino para el florecimiento de liderazgos y subculturas marginales. Por su parte, la segmentación en el espacio educativo aleja la posibilidad de que adolescentes y padres de diferente origen socioeconómico construyan códigos y metas comunes, desarrollen vínculos de igualdad, cooperación, se transmitan experiencias y sean reconocidos por sus méritos y no por su estatus.

Según su tesis, estos mecanismos amplían la brecha social existente y obstaculizan los modos de integración social, dejando espacio sólo para la competencia en los espacios formales laborales, altamente institucionalizados y mediatizados por los prejuicios hacia los pobres y marginales.

Merlo y Milanese, por su parte, diferencian las implicaciones psicosociales de las psicodinámicas cuando se refieren a la marginación. Desde el primer punto de vista plantean que una posición se define como más o menos marginal en función del contexto. Aquí es preciso considerar la cultura de pertenencia, las representaciones sociales más difundidas y las condiciones materiales que caracterizan la imagen de pobreza en una sociedad determinada. Según esta perspectiva se puede estar marginado desde el punto de vista social, pero no

desde el político o cultural. La marginalidad puede proveer una forma de identidad, una fuente de construcción de orgullo de grupo que genera una sensación de relevancia y poder social (Merlo y Milanese, 2000).

Desde esta mirada psicosocial, y según G. Serpellon y Tiziano Vecchiato (citados por Merlo y Milanese, 2000), la marginalidad es una expresión del efecto de procesos relativos a cuatro categorías: nacimiento en medio de una familia o una comunidad ya marginadas; existencia en medio de condiciones materiales como la pobreza económica, la pérdida del empleo o su precariedad, vivienda inadecuada; tenencia de una enfermedad contagiosa o limitante; baja escolaridad, incapacidad de utilizar los medios tecnológicos e informativos modernos, así como la pertenencia a una expresión cultural marginal.

Según el enfoque psicodinámico, la marginalidad no sólo está determinada por elementos exógenos, sino también por fuerzas endógenas: elección del sujeto, forma de adaptación activa, opción de pertenecer a un grupo determinado o de manifestar resistencia al cambio. Éste es, a su juicio, uno de los fundamentos de la existencia de las minorías activas y de los liderazgos transformadores, criterio que muestra su coincidencia con los planteamientos de la psicología social europea más relevante de los últimos decenios.

Además del contexto social hostil que da lugar a la marginación, es crucial considerar también los recursos psicológicos de cada persona o grupo para afrontar la situación. Las potencialidades individuales o de grupo pueden actuar como contención, y desarrollar así una conducta resiliente, o pueden catalizar los procesos desfavorables, agravándolos e instalando la automarginación.

Marcial, Kaztman, Merlo y Milanese subrayan el papel de los elementos psicológicos en la construcción de la marginalidad. Llama la atención el nexo que Marcial establece entre marginalidad, pobreza y exclusión, y el hecho de que los califique indistintamente como condicionantes o como consecuencias.

La marginalidad, entonces, se puede apreciar en dos grandes ámbitos: uno relacionado con los problemas estructurales, económicos y tecnológicos —la explotación de la sociedad moderna e industrial—, y otro vinculado a la problemática psicosocial o cultural, a la pobreza como problema ético, político e ideológico, así como a la falta de participación en tanto hecho psicosocial, expresión de una subcultura o de la inadaptación cultural.

En consecuencia, los intentos de explicación del origen y de las formas disímiles de expresión de la marginalidad, apuntan a la existencia de múltiples causas que convencionalmente se podrían agrupar en dos bloques: el primero con énfasis en el déficit económico por la segregación habitacional, la falta de acceso a bienes y servicios y la insuficiencia de ingresos, entre otros; el segundo relacionado con aspectos de orden cultural y psicológico, que tienen su base en prejuicios y estereotipos cuya expresión fundamental es la discriminación

de determinados grupos. La participación plena del individuo o del grupo, así como la construcción de su identidad, se ve afectada en ambas dimensiones. Estas condiciones se acompañan del menoscabo de otros aspectos de la subjetividad individual y de grupo, lo que hace que aspiraciones, proyectos de vida, concepción del mundo y autoestima, entre otros, se construyan en circunstancias psicológicas desfavorables.

Ambas miradas están relacionadas estrechamente con la noción de exclusión. Este nexo es claro cuando se entiende que el déficit material tiene que ver con el tipo de participación en la sociedad, ya sea en el ámbito económico o en el político, en tanto que los elementos subjetivos se construyen precisamente a partir de las experiencias de las personas que viven en tales circunstancias.

La aparición de este concepto refleja un intento de reconceptualizar la desventaja social, pues ésta, ya sea social, política o cultural, se reconoce como base de la incapacidad de acceder a los procesos de desarrollo. La exclusión está referida al proceso de desintegración social, visto éste como la ruptura progresiva de la relación entre lo individual y lo social, como resultado del desempleo prolongado, de la dificultad de los jóvenes para iniciarse en el mercado laboral, de la desintegración familiar, los problemas de vivienda y el aumento de la violencia en los barrios pobres y periféricos, entre otros. Las instituciones europeas lo asociaron inicialmente a los cambios tecnológicos, la paralización económica, la ineficacia de los mecanismos de protección social, la marginalización urbana, la xenofobia y el racismo. Se relacionó en general con una inadecuada aplicación de los derechos sociales, así como con la imposibilidad de alcanzar un estándar básico de vida, considerando las oportunidades que ofrece la sociedad para el acceso a los beneficios como ciudadanos plenos. La imagen de la sociedad es entonces dual: por un lado, un sector excluido; por el otro, uno integrado. El primero, de un modo u otro, en un espacio y tiempo determinados, se encuentra fuera de la situación de pertenencia social normalizada (Rodgers, Gore y Figueiredo, 1995; Menjívar y Feliciani, 1995; Soriano Díaz, 2001).

Rodgers, Gore y Figueiredo (1995), en su estudio sobre el tema en diferentes regiones del mundo, señalan que a diferencia de la noción de pobreza, que se centra en los aspectos distributivos, la de exclusión lo hace en los procesos y agentes que excluyen a individuos y grupos de la participación social y de su acceso al poder. Centran el valor de este enfoque en el establecimiento de un nexo entre la privación material y la justicia, la equidad social, los derechos políticos y ciudadanos, que dan la posibilidad de “pertenecer”, de “compartir bienes” y de ser reconocido socialmente. Para estos autores la exclusión se vincula a la desigualdad, tiene carácter multidimensional y sus aristas pueden interactuar de manera incongruente, es decir, los sujetos pueden ser excluidos en unos sentidos y no en otros. Apuntan a la existencia de patrones de desarrollo

que tienen implícita la exclusión, y lo relacionan con la presencia de sociedades y actores que incluyen y otros que excluyen. De ahí que tenga diferentes dimensiones, que ocurra en distintos ámbitos, en la nación, región, institución, grupos sociales e individuos.

Estas nociones generales han generado numerosos conceptos, entre ellos el de Martínez y Valenzuela de la década de los años ochenta (Dávila y Goicovic, 2002). Exclusión, según ellos, es un proceso estructural de cambio en virtud del cual diversos conjuntos sociales, que en el pasado inmediato ocupaban posiciones institucionalizadas estables en el sistema social, o tenían expectativas fundadas de incorporarse a él, son expulsados de estas posiciones o ven persistentemente bloqueadas sus vías de acceso a ellas. Distinguen entre exclusión y marginalidad ocupacional, añadiéndole a la primera las dimensiones habitacionales de los jóvenes, así como la imposibilidad de autonomía e independencia, la baja participación y organización social.

Laporta (1988) —citado por Soriano Díaz (2001)— y otros autores entienden la exclusión como el proceso de separación de un individuo o grupo respecto de las posibilidades laborales, económicas, políticas y culturales a las que otros tienen acceso y disfrutan. Menjívar y Feliciani (1995) la definen como un proceso que obedece a dinámicas de descalificación primaria —descalificación y marginación de individuos y grupos por motivos políticos, sociales, económicos, étnicos, culturales, religiosos, de género y de aislamiento—. Estas dinámicas excluyen a las personas del acceso a las oportunidades humanas, impidiéndoles el ejercicio de sus derechos. Para D. Bouget y H. Nogues —citados por Menjívar y Feliciani (1995)—, la exclusión es sinónimo de *apartheid* informal, desafiliación, desventaja social, discriminación, marginación, pobreza multidimensional, estigmatización, segregación social, desigualdad, privación y descalificación, entre otros.

En consonancia con esto, Merlo y Milanese (2000) señalan que la exclusión se asocia a los problemas de las minorías, entendidas éstas según sus recursos y procesos de apropiación e intercambio. La entienden como producto de los procesos de marginación y desviación. Por su parte, Arriba (2002: 11) registra varios elementos claves para definir o entender la exclusión desde la perspectiva europea: “[...] atañe a amplios sectores y es algo más que desigualdades monetarias [...]”; “[...] incluye pobreza, pobreza no incluye exclusión [...]”; “[...] la exclusión no es [un] fenómeno marginal, sino un fenómeno social que cuestiona y amenaza los valores de la sociedad [...]”; “[...] la exclusión no significa únicamente insuficiencia de ingresos [...]”; “[...] revela algo más que desigualdad social e implica el riesgo de una sociedad dual o fragmentada [...]”; “[...] viene dada por la negación o inobservancia de los derechos sociales, [...] políticos y económicos”.

El carácter relacional es acentuado por Torres (2004), quien señala que las políticas para su erradicación se deben centrar en las relaciones sociales que la determinan, en el poder real y discursivo, y no en variables aisladas. De ello depende, agrega, su dinámica, es decir, sus formas cambiantes en el estar afuera o adentro. Destaca también que la exclusión abarca no sólo el plano material sino también el simbólico, tendiendo a invisibilizar a quien excluye.

Al analizar las dimensiones, esferas y tipos de exclusión social, Soriano Díaz (2001) recoge varias posiciones, entre ellas la de A. Bhalía y F. Lapeyre (1995), quienes determinaron tres dimensiones principales: la económica, productora directa de pobreza expresada en desempleo, rechazo en el mercado laboral y privación de recursos regulares; la social, dada por el despojo del desempleado de su condición social; y la política, que apunta a la pérdida de los derechos sociales y políticos. En una perspectiva semejante, R. Castel (1997), también mencionado por Soriano Díaz, plantea la existencia de tres zonas que van desde la integración hasta la exclusión: la primera, denominada de integración, seguridad o estabilidad, admite la existencia de desigualdades que no dañan la estabilidad social, remite a la tenencia de trabajo estable y relaciones sólidas; la segunda implica vulnerabilidad y precariedad del empleo, trabajos inestables y desempleo, así como fragilidad de los soportes familiares y sociales; la tercera se refiere a la marginalidad y a la exclusión propiamente dichas como ausencia de trabajo y de protección, pobreza extrema, aislamiento social, carencia de acceso a las formas normalizadas de participación social e incapacidad de salir por sí solos de esta situación. Arriba (2002) señaló que este modelo oculta la diversidad de situaciones de los individuos o grupos excluidos, y que presenta el proceso como irreversible, en el que los sujetos han perdido la capacidad de hacer frente a la situación.

Finalmente, Soriano presenta la propuesta de García Serrano y Malo (1996). Éstos distinguen siete zonas que recorren también un camino desde la integración hasta la marginación, según la incidencia de la familia, el trabajo y la vivienda. Alude primero a la integración que incluye la integración total, la erosión de las redes sociales y la pobreza integrada, esta última dada por bajos ingresos pero con redes sociales sólidas. Luego presenta la vulnerabilidad/exclusión, que comprende la pobreza económica en tanto deterioro de los vínculos sociales y problemas de vivienda y la exclusión social, en la que además se incorporan los nexos con la economía sumergida. Concluye con la exclusión/marginación que se divide en exclusión severa —economía sumergida, deterioro de hábitos y normas sociales, delito y mendicidad—, marginación, y muerte social.

Según sus autores, el modelo de análisis es susceptible de expresarse en el ámbito territorial, adoptando la forma de espacios centrales y soberanos, o distanciados. Los primeros concentran elevado nivel de consumo, un alto grado

de innovación y de desarrollo tecnológico, así como un acceso fácil a los bienes y servicios, por lo que son capaces de generar situaciones hegemónicas. Los segundos concentran elevados índices de riesgo e inseguridad, menores tasas de empleo, nula capacidad de decisión, y tienden a generar una dinámica de tipo secundaria.

Rodgers, Gore y Figueiredo (1995) señalan que la exclusión se estructura alrededor del mercado laboral, los bienes productivos, la capacidad de trabajar productivamente y de obtener un ingreso adecuado. Se refieren en detalle al tema y plantean los siguientes tipos:

- Bienes y servicios: exclusión del consumo como resultado de un bajo poder de compra, debido a su vez a un precario poder adquisitivo. Se excluye así a las personas con bajos ingresos de una forma de vida de alto consumo. Aquí también se incluye lo referente a la vivienda, en tanto se segrega a los pobres hacia determinadas áreas carentes de condiciones sanitarias, agua potable, facilidades de recreación, electricidad y otros servicios.
- Mercado laboral: contempla el desempleo abierto y persistente, que incide en el incremento de la violencia y la inseguridad, en el crecimiento de las formas marginales e improductivas de ingreso, en la anomia individual, etcétera. Acoge además la exclusión dentro del mercado laboral, lo que significa estar incluido de manera general, pero al mismo tiempo excluido de sus mejores ofertas.
- Derechos humanos: dada la intrínseca relación entre derechos sociales y bienestar, la obtención de lo primero puede ser una precondition para vencer la exclusión económica.
- Exclusión de la seguridad: se refiere a la desprotección del individuo con respecto a la violencia física, la seguridad de vida y las eventualidades, accidentes, enfermedad, etcétera. Tales exclusiones se deben enfrentar mediante la seguridad y la asistencia social.
- Exclusión de la tierra: aun en los casos de abundancia de tierra, la creciente concentración de ésta en manos de algunos individuos y la degradación de la misma hace que la población rural no disponga de suficiente tierra productiva. La intervención del Estado no siempre conduce a menor exclusión.

El análisis europeo, según Arriba (2002), diferencia en la práctica a excluidos económicos de excluidos sociales; es decir, entre quienes tienen estrictamente problemas económicos, y los que tienen además otras carencias, los que padecen una pobreza sobrevenida y aquellos que la padecen por herencia, los que lo han perdido todo y los que nunca han tenido nada, los nuevos pobres y los pobres de siempre, los excluidos circunstanciales y los de nacimiento. Desde

esta perspectiva, y ante una problemática que va más allá de lo laboral y de las necesidades económicas, la exclusión social exige una intervención social.

Aun en el conjunto de las personas excluidas socialmente, el análisis europeo diferencia a la población normalizada de la excluida. El origen del problema de la primera tiende a ubicarse en el nivel estructural: puesto que sus causas son socioeconómicas, la estancia de los afectados en los programas para la integración es breve y no requieren una intervención social específica. La fuente de la situación de la población excluida, por su parte, se ubica en el nivel psicosocial, específicamente en el cultural. Sus problemas son de orden psíquico: se trata de personas que han tenido fracasos y otras dificultades en el proceso de socialización, que se muestran irresponsables, que tienen conductas riesgosas. A pesar de ser un grupo heterogéneo, comparten normas, códigos, formas de comunicación —algo así como “la cultura de la pobreza” que señaló Oscar Lewis—. La situación de la población excluida es percibida como duradera, resultado de un declive o de una herencia social. Se identifica con la marginación y requiere una intervención orientada a modificar rasgos individuales, entrenar habilidades personales, modificar pautas de comportamientos, entre otros aspectos. El enfoque de este análisis de la población excluida, asume que los mecanismos desencadenantes descansan en rasgos personales; pasa por alto el condicionamiento sociohistórico y económico de las formaciones psíquicas y culturales.

En cuanto a la exclusión social en relación con los jóvenes, varios autores coinciden en que este grupo es uno de los más afectados —Soriano Díaz (2001); Dávila León y Goicovic Donoso (2002); Torres (2001b)—. Explican este criterio en la temprana expulsión del seno familiar y en una educación pobre, con el consiguiente desempleo o la tenencia de un trabajo precario e inestable de lo que se deriva una reducida participación social.

Para medir la exclusión, Menjívar y Feliciani (1995) determinaron un conjunto de veinte indicadores. Entre éstos se encuentran: la dificultad en el acceso al trabajo y al ingreso; la descalificación primaria, la familiar; los riesgos epidemiológicos, el desarraigo y las migraciones; la discriminación política, étnica, religiosa, de género; el abandono social, la hostilidad del ambiente doméstico y de la naturaleza, las dificultades en el acceso a servicios generales relacionados con la educación, la salud, el transporte, la seguridad social, la justicia, la cultura, la información.

Los análisis conceptuales destacan una clara diferencia entre la exclusión y la visión más reducida de la pobreza, vista ésta sólo como afectación económica. Pero en relación con la marginalidad, las distinciones no son tan evidentes. En algunos casos se yuxtaponen o se homologan. La interconexión de los fenó-

menos es tal, sus límites a veces son tan frágiles y difusos, que los términos no logran mantenerse al margen de estas condiciones.

Los estudios en las ciencias sociales cubanas se han centrado en la pobreza, la marginalidad, la desventaja social y las desigualdades sociales. Las referencias explícitas al concepto de exclusión social son escasas. Esto se debe, fundamentalmente, al carácter universal de las políticas sociales del país, que protegen especialmente a las personas más vulnerables. Esto sin duda determina la visión y la forma en que especialistas y también políticos abordan el tema.

El curso particular de estos fenómenos en Cuba ha marcado el desarrollo conceptual de las ciencias sociales cubanas sobre este tema en los últimos cincuenta años. Las políticas sociales dictadas en las primeras décadas de la Revolución, redujeron notablemente, con la legitimación popular, las diferencias sociales entre los distintos grupos. La erradicación de barrios insalubres, la elevación de los ingresos, la generación de empleos en zonas urbanas y rurales, el acceso igualitario y gratuito a los servicios sociales básicos —salud, educación y seguridad social— y la garantía de alimentos mediante una canasta básica a precios subsidiados, entre otras medidas, junto a una alta participación popular en las transformaciones sociales, dieron como resultado una contundente reducción de la pobreza y la marginalidad.

Fruto de la crisis económica y de las medidas emprendidas para paliarla, el país se diversificó económica y socialmente, y las desigualdades sociales se profundizaron, y se extendió por determinados sectores una pobreza y una marginalidad antes poco conocida.

Inicialmente se detectó y reconoció la existencia de una población en riesgo, que estaba en peligro de no poder cubrir alguna necesidad básica, y que por eso debía ser monitoreada y protegida por la política social (Colectivo de autores, 1997). En la actualidad se admite la existencia de una pobreza con amparo, que da cuenta de las brechas entre unos grupos y otros en la satisfacción de algunas necesidades, y al mismo tiempo subraya la persistencia de una cobertura universal y gratuita que reduce o compensa los efectos de esas brechas (Ferriol, Ramos y Añé, 2005).

Los componentes económicos, culturales y psicológicos de la pobreza son evidentes: los resultados de los estudios que se han llevado a cabo a partir de los aportes de Oscar Lewis han puesto de manifiesto las características sociopsicológicas más recurrentes entre las familias pobres cubanas, así como la tendencia a la reproducción de este fenómeno en ellas (Ferriol *et ál.*, s.f.; Ferriol *et ál.*, 2003; Zabala, 1999).

Zabala (1999) dio a conocer, entre las características sociopsicológicas más recurrentes de las familias pobres cubanas, la tipología monoparental evidenciada en madres solas con sus hijos; asimismo, identificó la existencia de familias

extensas con una alta carga o índice de dependencia y el déficit de la función formadora asociada a la insuficiente preparación de los padres para cumplir su rol como educadores.

Un estudio hecho en La Habana (Ferriol, Ramos y Añé, 2005) tomó como indicador los niveles de ingresos, conociendo de antemano el peso de su insuficiencia en la economía doméstica y su incidencia en las condiciones de vida de las familias cubanas. Los resultados del estudio revelaron características interesantes de la población pobre capitalina.² Entre los aspectos sociodemográficos se identificó que el tamaño de las familias pobres era superior al de la media del país. La presencia de menores y ancianos, de mujeres, de negros y mestizos, de personas con nueve grados de escolaridad e incapacitados para trabajar, también era mayor a la de la media nacional. Entre las características socioeconómicas sobresale la pobre utilización del potencial de trabajo, asociada a su vez con la existencia de integrantes del grupo familiar desocupados o desempleados, o asalariados con bajos ingresos en moneda nacional. En cuanto al consumo, se detectó que los mayores gastos correspondían a los de los alimentos ofrecidos por el Estado en moneda nacional.

Otro importante aporte de dicho estudio es la exploración que hizo de la subjetividad de la población de más bajos ingresos. En su mayoría ésta se percibe, en relación con su alimentación, ingresos, situación de vivienda y condiciones de vida en general, como pobre o casi pobre. Los significados que se le dan a la pobreza se refieren al hambre, a la insuficiencia de ingresos, al desempleo, a la falta de vestido y calzado, al deterioro de la vivienda, a la insuficiencia de servicios médicos y educacionales, y a la imposibilidad de visitar lugares recreativos. En correspondencia con lo anterior, se reconocen como problemas fundamentales la situación económica, la vivienda y la alimentación, seguidos del transporte, el funcionamiento de las instituciones públicas y el trabajo de los órganos gubernamentales a nivel local.

Esta población se refirió a una gran diversidad de estrategias para enfrentar la pobreza —legales e ilegales—. Éstas tienen que ver con el trabajo informal, con la movilización de las relaciones familiares y sociales, con la venta de objetos y artículos personales, y con la explotación de la vivienda. A partir de ahí también son varias sus expectativas, y tienen en común la intención de mejorar su situación actual. Entre éstas hay unas actitudes pasivas que depositan el futuro en el gobierno, y otras más activas que se preocupan por reparar las viviendas, conseguir un mejor trabajo, superarse. Los autores llaman la atención sobre la

² Ya durante la década de los setenta del siglo pasado, el Instituto Cubano de Investigaciones y Orientación de la Demanda Interna (ICIODI) desarrolló numerosos estudios en diferentes barrios de la capital. Éstos revelaban unas condiciones de vida rezagadas con respecto a las del resto de la ciudad.

postura de los menores de 30 años, una parte de los cuales hace énfasis en la vía individual para solucionar sus problemas.

Los estudios que se ocupan de las desigualdades espaciales y territoriales, muestran la existencia de zonas opacas o luminosas según la densidad en ciencia, tecnología e información. Esas zonas desiguales permiten hacer también una caracterización aproximada de las familias y de las personas asentadas en ellas y catalogarlas, respectivamente, como de ingresos relativamente bajos o altos. Las diferencias en las entradas económicas tienen que ver con el tipo de fuentes y su multiplicidad; los mayores ingresos provienen de empleos en sectores productivos a los que se les ha dado prioridad, también de la recepción de grandes montos de divisas, ya sean remesas u otras ayudas familiares, y de actividades del sector informal de elevadas ganancias. Esta combinación de elementos es otro resquicio de marginalidad y exclusión (Iñiguez *et ál.*, 2004).

Otra investigación (Vázquez *et ál.*, 2003) que se ocupó del estudio de cinco concejos populares de la capital —Cocosolo/Zamora, Poey, Luyanó Moderno, Guanabo, Los Sitios—, seleccionados por su bajo nivel socioeconómico, por la incidencia de actividades delictivas, y por el vínculo con la actividad turística, corroboró esta caracterización. Los problemas a los que se les dio prioridad tienen un común denominador: una situación socioeconómica y físicoambiental deplorable que se constituye en marco de necesidades básicas insatisfechas y que condiciona las conductas potencialmente inadaptadas o explícitamente delictivas.

Los problemas de mayor relevancia social son el déficit y el mal estado de la construcción de la vivienda, de los que se derivan el hacinamiento, la promiscuidad, la profusión de ciudadelas y viviendas improvisadas; la insuficiencia y mala calidad de los servicios técnicos —agua, alcantarillado, viales, alumbrado, transporte, entre otros—, la escasez de ofertas culturales, deportivas y recreativas; conductas sociales inadecuadas, problemas ambientales y falta de higiene; dificultades en los servicios sociales básicos de salud y educación, y presencia de migrantes ilegales. Se suman los problemas con la gastronomía y el comercio, la rigidez de las normas legales, las dificultades para reinsertar a ex reclusos y discapacitados, y la influencia de líderes negativos.

Espina (2004) señala al respecto que uno de los procesos más fuertes de la reforma cubana ha sido la heterogeneización territorial, y que el aumento de la diferenciación y de las distancias sociales es evidente en la segmentación del acceso a determinados mercados, en el empobrecimiento de vastos sectores de la fuerza laboral, y en la concentración y polarización de los ingresos.

A esto se une la falta de correspondencia entre el trabajo y los ingresos, es decir, entre el aporte de cada individuo y las compensaciones materiales y espirituales que recibe a cambio o desea recibir. Hoy, en muchos empleos, esta

relación es desproporcionada. La función social del trabajo, en consecuencia, se deslegitima, y se propicia así la búsqueda de otras fuentes de satisfacción no aceptadas hasta el momento e inscritas en la marginalidad. La percepción del espectro de insuficiencias económicas y culturales, así como el prisma para su análisis en el orden personal, están condicionados por la experiencia de cada individuo en los espacios de igualdad antes válidos. En esos espacios construyeron un proyecto de vida y un conjunto de aspiraciones que podían alcanzar mediante mecanismos que hoy han perdido veracidad y vigencia. Las percepciones sociales también están sujetas a la influencia del evidente incremento de las desigualdades, y a la diversificación de la oferta de productos y servicios, estímulo directo del consumo (Espina, 2004).

El examen de la marginalidad se ha centrado en el discernimiento de su base económica, estructural o cultural, incluyendo en esta última los aspectos psicológicos. De un lado se alude a lo económico en relación con la carencia de vínculos productivos, la ubicación en una economía de subsistencia, supervivencia o resistencia y el déficit de ingresos, todos los cuales limitan el acceso a determinados bienes y servicios. En el orden estructural se hace referencia a la reproducción de este fenómeno, tomando en consideración la ubicación geográfica de barrios o individuos marginales, y también el nexo con las estructura de poder. Con respecto a los elementos culturales y sociopsicológicos, se abre un gran espectro que tiene que ver con las señales individuales y de grupo, con una determinada historia y persistencia en la sociedad cubana que se remonta a la colonización (Valdés, 2001).

Una de las cuestiones más debatidas es el nexo entre marginalidad y condiciones de la vivienda, incluida su ubicación. Se ha esclarecido que la marginalidad no depende únicamente de las características de la vivienda o de una determinada localidad, aunque estos elementos juegan un papel importante. Este fenómeno se ha reproducido en grupos de personas que han migrado de sus lugares de origen o que han sido beneficiados con nuevas edificaciones o con la remodelación de las existentes. Sin embargo, se ha podido constatar que algunos territorios, cuya historia está abonada por la pobreza y la marginalidad, hoy son grandes receptores de oleadas migratorias de personas portadoras de una cultura marginal y con un estatus legal cuestionable.

Otros aspectos que sobre la marginalidad han sido aportados se refieren a su nexo con la escasez de capital social, es decir, la falta de educación y de cultura y la violencia intrafamiliar. Desde una perspectiva más psicológica, apunta además a una concepción del mundo empobrecida, asociada a una autoestima baja, a la inmediatez y al fatalismo. La marginalidad está relacionada con la falta de participación, el racismo, la definición de lo legítimo, lo correcto y lo normal, y en consecuencia conduce a la clasificación y estigmatización de determinadas

personas y grupos. Entre los elementos psicológicos sobresalen la construcción y reconstrucción de prejuicios, que implican el establecimiento de una escala valorativa en la que queda establecido lo mejor o lo peor, así como el menosprecio a lo diferente (Valdés, 2001; Hernández *et ál.*, 2004).

Desde el paradigma socialista cubano habría que

[...] revalorizar también los conceptos que la racionalidad moderna ha establecido sobre lo bueno y lo malo, lo superior y lo inferior, etc[étera]. No se trata de imponer soluciones [...] sino exactamente de lo contrario, de permitir la coexistencia de diferentes estilos de vida en la ciudad. (Ubieta, 1993)

Se ha señalado también que en los procesos psicosociales que sedimentan la marginalidad se destaca la permanencia en esta situación, pues facilita o refuerza la incorporación de los comportamientos y las actitudes que obstaculizan la participación y contribuyen a la pérdida de identidad. La permanencia en condiciones de marginalidad sitúa a las personas en un presente colmado de limitaciones y les augura un futuro sin perspectivas, dando lugar así a la automarginación. El análisis que el individuo o el grupo hace de sí mismo favorece o entorpece el proceso de participación e integración, y por lo tanto se convierte en elemento decisivo para considerarse marginado en determinada área. La percepción acerca de su condición —adentro o afuera, con poder o desposeído, con oportunidades o no— tiene a su vez un carácter relativo porque depende del punto de mira o de comparación, y la tendencia es fijarlos en un escalón superior. De ahí la posibilidad de que personas o grupos con determinadas características se automarginen, se aislen y se devalúen a sí mismas, aun cuando pudieran tener potencialidades para desarrollar modos de enfrentar las condiciones que los rodean con una determinada probabilidad de éxito.

La permanencia en la marginalidad o la percepción de estar en ella afecta la autoestima de las personas, menoscaba su personalidad. Se construyen o refuerzan así comportamientos, normas, valores y otros elementos sociopsicológicos de identidad con la cultura marginal. Esto crea un entorno ilusorio de seguridad, aceptación y confianza, y refuerza y devuelve al “otro” la señal de diferencia.

En cuanto al nexo con la exclusión social en Cuba, se consideran dos elementos no necesariamente convergentes: primero, el estar al margen, con exclusiones determinadas de cara a la sociedad; segundo, una drástica anulación del individuo, con implicaciones políticas de gran envergadura. El primer elemento es evidente que ha incrementado su expresión en el país, a pesar de las políticas que universalizan y hacen gratuitos los principales servicios sociales. Así lo muestra la marcada diferenciación de los grupos sociales a partir de sus niveles de ingresos, de consumo y de satisfacción.

Sin embargo, los servicios de salud, educación y seguridad social mantienen vigentes los mecanismos de socialización —y también de homogeneización—, que permiten la interacción de los diferentes grupos sociales en aspectos esenciales de la vida cotidiana. A esto se une la participación sociopolítica, que moviliza, articula e integra a importantes sectores de la sociedad, principalmente cuando alude a definiciones radicales. De ahí que no todos los elementos que definen la exclusión social aplican en el caso cubano.

En atención a este panorama, en el que por un lado confluyen políticas sociales con importantes resultados, y por otro la existencia de individuos y grupos en condiciones de marginalidad, pobreza y cierta exclusión social, se conjugan acciones macro y micro que desde el año 2000 se han venido ampliando de manera constante.

¿ERRADICACIÓN DE LA MARGINALIDAD O PREVENCIÓN DE SUS EFECTOS?

Las políticas iniciadas en el año 2000, denominadas “Batalla de ideas”, tienen a la educación y la cultura como ejes para la erradicación de la pobreza, la marginalidad y la exclusión social. A partir de estos elementos centrales se han desplegado numerosos programas y proyectos dirigidos a garantizar la vinculación de adolescentes y jóvenes al estudio o al trabajo, la educación para una recreación sana y la cultura de ahorro de energía no renovable, entre otros aspectos. Sobresale la formación de trabajadores sociales, enfermeros, instructores de arte, maestros para la enseñanza primaria y profesores generales integrales, quienes en la mayoría de los casos desarrollan una notable labor comunitaria que contribuye además a su formación como ser humano (Gómez, 2007).

Especial mención merece el Programa de Formación de Trabajadores Sociales, que ha graduado ya a más de 30 mil jóvenes. Éstos desempeñan en sus propias comunidades una encomiable labor de diagnóstico y de atención a las personas con necesidades especiales, ya sean materiales, de salud o educativas. Han contribuido a la detección y atención de casos sociales críticos, a la reincorporación de adolescentes y jóvenes al estudio o al trabajo, esmerándose particularmente con aquellos cuyas trayectorias personales, familiares, estudiantiles o laborales los condujo a una maternidad o paternidad temprana, al delito, la prostitución o la drogadicción, alejándose así de los espacios de socialización capaces de ejercer una influencia positiva en ellos.

El significado de esta labor es mayor si se tiene en cuenta que muchos trabajadores sociales, sobre todo los de las primeras graduaciones, eran ellos mismos adolescentes y jóvenes que habían abandonado el estudio o el empleo, que vivían en comunidades marginales, que provenían de hogares disfuncionales

caracterizados, entre otros aspectos, por los bajos ingresos y el bajo nivel de escolaridad de los padres.

Estos programas resultan muy atractivos para la juventud cubana por dos razones fundamentales: por el elevado reconocimiento social que le otorgó la dirección del país desde el inicio, y por la oportunidad de acceder a estudios universitarios mediante un modelo pedagógico flexible. La articulación de estos elementos ha sido un estímulo fundamental para la integración social de los jóvenes, ha contribuido además a elevar su autoestima y a mejorar la representación social que la población cubana tiene de la juventud (Colectivo de Autores, 2004). La formación profesional de estos jóvenes tiene una peculiaridad: se imparte en las sedes que fueron creadas en todos los municipios del país. Las instituciones universitarias, en consecuencia, se han desmitificado, y los estudiantes y profesores se han acercado a los problemas de la comunidad.

Otros programas se han orientado a incrementar y diversificar la oferta cultural en todas las provincias del país, otorgándole un papel destacado a la lectura y a la creación de centros comunitarios para el disfrute de productos audiovisuales y el aprendizaje de la computación. Por otra parte, los instructores de arte contribuyen a revelar las potencialidades de los infantes y adolescentes para apreciar y expresar el arte, trabajo que realizan en las escuelas de nivel primario y secundario.

El desarrollo de estos programas supone además la creación de miles de empleos, no sólo para los jóvenes sino también para los encargados de dirigir o apoyar las labores que aquéllos llevan a cabo. Estas políticas sociales se traducen en salarios, financiamiento de obras constructivas y de todo el apoyo que corresponde.

Es preciso hacer énfasis en el carácter de prevención de estas nuevas políticas sociales: amplían el espectro de la formación cultural y laboral de los jóvenes, y brindan una segunda oportunidad a quienes han acumulado experiencias negativas en su historia de vida. En este sentido, la maternidad y la paternidad tempranas pueden ser compensadas con horarios flexibles, e incluso con la modalidad única y muy debatida del estudio como empleo; el fracaso laboral y educacional puede ser enfrentado con la reorientación profesional, atendiendo a la oferta de superación técnica y universitaria que se propone, con un modelo pedagógico acorde a las características de este tipo de estudiante; las historias penales, presentes o pasadas, pueden ser contrarrestadas con la incorporación a los nuevos planes educativos, incluso en los propios centros penitenciarios, algunos de los cuales acogen únicamente a jóvenes con el fin de desarrollar una labor más especializada y particularizada.

Además del enfoque macro, distintas instituciones trabajan desde los niveles micro enfrentando los efectos de la pobreza, la marginalidad y la exclusión

social. Se privilegian los métodos que posibilitan la participación de los jóvenes en el diagnóstico de los problemas y en su solución. Entre éstos se encuentran la educación popular y la animación sociocultural, mediante las cuales se ejecutan numerosos proyectos de trabajo comunitario en zonas rurales y urbanas. Estas acciones movilizan los recursos humanos y materiales de las localidades, así como los provenientes de la cooperación internacional.

Entre los proyectos desarrollados con los jóvenes y por ellos se encuentra el que tuvo lugar en el Consejo Popular Colón, ubicado en una zona céntrica y antigua de la capital habanera. La historia del lugar recoge tradiciones vinculadas al arte, sobre todo a la música y al baile, pero también reconoce que antes de 1959 proliferaban allí casas de juegos, prostíbulos y fumaderos de drogas prohibidas. Allí también se refugiaban o residían de manera permanente ex reclusos o prófugos de la justicia. Este panorama hizo que sus habitantes fueran catalogados como problemáticos o conflictivos, estigmatización que aún perdura.

Este territorio se caracteriza en la actualidad por el deterioro de su fondo habitacional, la existencia de numerosas ciudadelas y una alta concentración poblacional que compromete el funcionamiento de sus redes de acueducto y alcantarillado. Presenta además una serie de problemas sociales, entre los que se destaca un elevado índice delictivo.

El trabajo se proyectó como parte de la cooperación internacional entre el Consejo Popular, el Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC) y la organización no gubernamental Habana Ecópolis, quienes emprendieron la transformación de la localidad en el año 2000. El Centro de Estudios sobre la Juventud fue convocado como asesor para la participación juvenil y acompañante técnico del proyecto. Paralelamente se recuperó la memoria histórica del lugar, llevando a cabo intervenciones en viviendas y museos (Morales *et ál.*, 2002). Esta labor tuvo la particularidad de integrar adolescentes y adultos en el equipo gestor comunitario, de ahí la significación para las relaciones intergeneracionales en el contexto local.

En correspondencia con la metodología participativa con adolescentes y jóvenes en la labor comunitaria, se capacitó a un grupo de ellos con el fin de que replicaran los talleres diagnósticos con sus coetáneos en distintos espacios del Consejo Popular. Se diagnosticaron así los problemas fundamentales de este grupo etáreo en el territorio, y se propusieron soluciones viables en el contexto del proyecto general Habana Ecópolis.

Los principales problemas detectados tenían que ver con la recreación, la desvinculación del estudio y del trabajo, las malas condiciones de vida y la expresión de conductas antisociales —prostitución, delincuencia, violencia y drogadicción—. Adolescentes y jóvenes hicieron un diagnóstico profundo de los factores asociados a estos temas, ya fueran personales, comunitarios o ma-

rosociales. Se le dio particular fuerza a la influencia del turismo en el perímetro cercano a este Consejo Popular. En aquel entonces se hizo énfasis además en la reducida oferta de estudio y empleo para los jóvenes y adolescentes desvinculados del sistema nacional de educación, para aquellos otros que presentaban dificultades o limitaciones muy específicas, como por ejemplo maternidad o paternidad tempranas e inadaptación escolar, y también para quienes tenían intereses muy específicos —computación, arte o deporte—, que las instituciones del momento tenían pocas probabilidades de canalizar.

A pesar de las políticas de juventud existentes y de su concreción en la demarcación estudiada, aún era evidente la distancia entre su diseño e implementación y la realidad juvenil, pues las carencias de esta última exigían una atención particular. El análisis de los adolescentes y jóvenes ubicaba con claridad la necesidad de recibir una ayuda especial. La situación social y económica de la mayoría los hacía frágiles y vulnerables, y esto, sumado a las tradiciones locales, los exponía a conductas socialmente negativas. La falta de orientación y la débil existencia de valores morales habían conducido a que un sector de los adolescentes y jóvenes de la comunidad adoptaran prácticas nocivas para ellos mismos y los demás.

Entre los resultados de este proyecto se encuentran:

- Diseño de un centro recreativo juvenil, que se ubicaría en un antiguo cine de la localidad, donde los adolescentes y jóvenes del barrio encontrarían espacios para el esparcimiento, la superación y opciones de empleo. Los jóvenes propusieron la estructuración de una oferta recreativa variada: conciertos, espectáculos y campeonatos deportivos de juegos de mesa. Existirían posibilidades para la calificación en un espacio polivalente con talleres de pintura, expresión corporal, música, computación y servicios bibliotecarios. Cada uno de estos talleres sería conducido por un adolescente o joven que contaría así con un empleo a su gusto.

- Desarrollo de talentos personales importantes en jóvenes con marcada desventaja social. Se elevó o consolidó la autoestima de quienes pertenecían al equipo gestor. Se perfeccionaron sus habilidades comunicativas en las relaciones interpersonales, con adultos y coetáneos, lo que les valió ante los primeros una valoración social positiva. Se identificó además el fuerte liderazgo ejercido por un joven que asumió el rol de coordinador general.

- Consolidación de la identidad barrial, afectada por la acumulación de insatisfacciones con el barrio. La perspectiva de un cambio detuvo el incremento de las valoraciones negativas sobre la comunidad, pues se pusieron de manifiesto la credibilidad y las potencialidades del lugar.

- La identificación y colaboración de los líderes juveniles con el proyecto, profundizó el vínculo entre la presidencia del Consejo Popular y los jóvenes del barrio.

Los resultados del estudio dan cuenta de una sensación de exclusión y marginación, por la historia pasada y el presente del barrio, entre los jóvenes residentes en Colón.³ Por esta razón muestran cierta tendencia a separarse de él como grupo de pertenencia, y tratan de adoptar otros grupos como referencia para su formación.

Pero la exclusión no se extiende a las esferas de la educación y la salud, pues en el barrio existen suficientes instituciones de este tipo a las que se accede de manera gratuita. Sin embargo, la oferta cultural no es suficientemente aprovechada por los jóvenes, sobre todo la que ofrecen los museos, los cines y los teatros enclavados en la localidad. De otra parte, los jóvenes tienen dificultades para acceder a otros espacios cuyos servicios no se corresponden con su nivel adquisitivo.

La circulación de dos monedas, y el hecho de que no todos los cubanos pueden acceder de manera directa a una de ellas, incide no sólo en su bienestar económico, sino también en la percepción que se tiene de su estatus social. Sin embargo, los jóvenes de Colón y de toda Cuba cuentan con la protección social necesaria para ejercer sus derechos sociales, jurídicos y políticos fundamentales, de ahí que, no obstante sus carencias económicas, tienen acceso gratuito a los servicios de salud —primaria, secundaria o terciaria— y de educación desde los primeros niveles hasta los superiores. No se puede hablar, entonces, de una exclusión total, sino de algunas manifestaciones de ella.

Hay una fuerte dinámica entre la percepción de la exclusión como un fenómeno individual, y otra que comprende al barrio como un todo dentro de la sociedad habanera, la que les sirve de referencia. A pesar de las políticas emprendidas, la notoria dificultad para percibirse dentro e incluido es muy clara. Las historias personales y barriales dificultan la incorporación y la disposición para manifestarse positivamente y aprovechar las nuevas oportunidades.

En cuanto a las nuevas políticas de juventud, que ratifican al estudio y el empleo como mecanismos de inclusión en la sociedad cubana, estos jóvenes se perciben al margen de ellas, a pesar de que en su entorno se ponen en práctica las nuevas estrategias que ofrecen opciones válidas para su desarrollo personal.

³ El barrio Colón está ubicado en una céntrica zona capitalina. Antes de 1959 era una zona de prostitución, juego y drogadicción, y la habitaban personas muy pobres. Sus edificaciones, de precaria construcción, datan de principios del siglo pasado. Su mal estado y el daño de sus estructuras se han agudizado por las modificaciones informales que se les han hecho con el tiempo.

Cabría entonces replantearse las vías preferidas por los jóvenes para superarse como seres humanos, y cuáles serían los fines de sus actividades. Podría ser que en su imaginario predominara la idea de arribar con facilidad a posiciones sociales más elevadas, cuando las políticas de juventud en realidad sólo allanan el camino para desplegar una intensa labor individual o colectiva.

El análisis de los resultados arroja una importante conclusión: la necesidad de articular las políticas macro con la especificidad local. Esto permitiría adecuar la oferta gubernamental a las demandas concretas de la población, y contribuiría además a desarrollar el compromiso de los pobladores con su situación, transitando de la demanda a la creatividad y a la responsabilidad con su realidad, lo que también perfeccionaría los programas y proyectos.

Éste y otros proyectos ejecutados en los últimos años han identificado un conjunto de indicadores importantes que permiten detectar las localidades en las que la intervención es prioritaria. El trabajo realizado también permitió identificar metodologías válidas para el trabajo con adolescentes y jóvenes en situación de pobreza o marginalidad en Cuba.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El fenómeno de la marginalidad y las desigualdades que ésta implica tienen una particular expresión en la sociedad cubana de hoy: la política social basada en la igualdad, la equidad y la justicia social, protectora de los sectores en mayor desventaja social, se conjuga con los efectos de una reforma económica postcrisis que acentuó las diferencias y las desigualdades sociales, y se une a la acumulación de problemas sociales sedimentados por el subdesarrollo y el recrudescimiento del bloqueo impuesto por el gobierno de los Estados Unidos.

Las ciencias sociales vuelven a encaminar sus pasos hacia los problemas inherentes a la pobreza, la marginalidad y la exclusión social, identificando conceptos comunes de partida, pero reajustándolos a las condiciones del socialismo cubano.

Los jóvenes cubanos afectados por el proceso de marginación y exclusión están en capacidad de estructurar proyectos colectivos e individuales articulados con la situación actual y con los ideales socialistas. No obstante existe un sector cuya alternativa de solución es la construcción de planes cuyos fines se circunscriben a la esfera individual, por lo que la diferenciación social debe ser contrarrestada desde la participación cada vez más activa de esta población como garantía fundamental para el mantenimiento del modelo socialista cubano. De ahí que la intervención social en las comunidades con indicadores socioeconómicos más delicados debe sustentarse en metodologías participativas

que contribuyan al crecimiento personal y barrial, en tanto herramientas para hacer frente a los efectos de la pobreza y la marginalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alejandro Delgado, Martha (1987). “Los grupos informales juveniles”. Informe de investigación. La Habana: Centro de Estudios sobre la Juventud.
- Arriba González de Durana, Ana (2002). *El concepto de exclusión en política social*. Madrid: Unidad de Políticas Comparadas, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Asociación Cultural La Kalle (1995). *Educación de calle. Hacia un modelo de intervención en marginación juvenil*. Madrid: Popular.
- Centro de Estudios sobre la Juventud (2005). “Realidades y perspectivas de la juventud cubana actual”. Informe de investigación. La Habana: Centro de Estudios sobre la Juventud.
- Colectivo de Autores (1997). *Efecto de políticas macroeconómicas y sociales sobre los niveles de pobreza. El caso Cuba en los años 90*. La Habana: Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE) y CIEM.
- _____ (2004). “Evaluación del impacto de los programas de la Revolución: análisis comparativo de trabajadores sociales, maestros y enfermeros emergentes y curso de superación integral para jóvenes”. Informe de investigación. La Habana: CESJ.
- Consejo Nacional de Población (2000). *Índice de marginación urbana*. México: Colección Índices Sociodemográficos.
- Dávila León, Óscar e Igor Goicovic Donoso (2002). “Jóvenes y trayectorias juveniles en Chile. Escenarios de inclusión y exclusión”, en *Revista Jóvenes*, Nueva Época, Año 6, N° 17, julio-diciembre.
- Espina Prieto, Mayra (2004). “Efectos sociales del reajuste económico: igualdad, desigualdad y procesos de complejización en la sociedad cubana”, en O. E. Pérez Villanueva, *Reflexiones sobre economía cubana*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Ferriol, Ángela (2003). “Reforma económica y población en riesgo de pobreza en Ciudad de la Habana”, ponencia presentada en la XV Jornada Científica del Instituto de Investigaciones Económicas. La Habana, Cuba.
- Ferriol, Ángela y Didio Quintana (s.f.). “El reto a la equidad en Cuba”. Informe de investigación. La Habana: INIE.
- Ferriol, Ángela; Maribel Ramos y Lía Añé (2005)”, en *Revista Cuba: Investigación económica*, N° 3 y 4.

- Gómez Suárez, Luis (2007). “Los programas de la Revolución y las políticas de juventud, 2000-2004”, en Colectivo de Autores, *Adolescencia. Una reflexión necesaria*. La Habana: Centro de Estudios sobre la Juventud.
- Hernández, Rafael, *et ál.* (2004). “¿Qué significa ser marginal?”, en *Los debates de temas*. La Habana: Unión.
- Iñiguez, Luisa y Omar Everleny Pérez Villanueva (2004). “Espacio, territorio y desigualdades sociales en Cuba. Procedencia y sobreimposiciones”, en O. E. Pérez Villanueva, *Reflexiones sobre economía cubana*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Kaztman, Rubén (1997). “Marginalidad e integración social en Uruguay”, en *CEPAL*, N° 62, agosto, separata.
- Leis, Raúl Alberto (1979). *La ciudad y los pobres. Las clases sociales en la ciudad transitoria*. Panamá: CEASPA.
- Marcial, Rogelio (1995). “Infancia y marginación: la construcción social de la exclusión y sus tendencias negativas”, en *Universidad de Guadalajara*, N° 1, Nueva época, octubre-noviembre, 46-53.
- Menjívar, Rafael y Fabrizio Feliciani (1995). *Análisis de la exclusión social a nivel departamental. Los casos de Costa Rica, El Salvador y Guatemala*. San José: FLACSO-Costa Rica, UNOPS, PNUD y Prodere.
- Merlo, Roberto y Efrem Milanese (2000). “La construcción social de la juventud. Desde la prevención de la exclusión social”, en R. Merlo y E. Milanese (coords.), *Miradas en la ciudad. Métodos de intervención juvenil comunitaria*. Colección Jóvenes N° 8. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Morales Chuco, Elaine (1988). *El proceso sociopsicológico de influencia en grupos informales juveniles*. Tesis de diploma. La Habana: Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.
- _____ (1998). *Mendicidad infantil en Cuba. Aproximación sociopsicológica al fenómeno*. Tesis de Maestría en Desarrollo Social. FLACSO-Cuba.
- _____ (2000). “Juventud y pobreza en Cuba”. Informe de investigación. La Habana: Centro de Estudios sobre la Juventud.
- _____ (2002). “La marginalidad en Cuba. Orígenes, evolución y tendencias actuales”, en E. Ubieta Gómez, *Vivir y pensar en Cuba*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- Morales Chuco, Elaine, *et ál.* (2002). “El barrio Colón: una experiencia de éxito en la participación juvenil”. Informe de investigación. La Habana: Centro de Estudios sobre la Juventud.
- Rodgers, Ferry; Charles Gore y José B. Figueiredo (1995). *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*. Ginebra: International Institute for Labour Studies, United Nations Development Programme (UNDP).

- Rueza Barba, Antonio (1994). *Estado, seguridad social y marginalidad*. México: Conferencia Interamericana de Seguridad Social.
- Soriano Díaz, Andrés. (2001). "Procesos y factores de exclusión social juvenil. Bajo el eje de la desigualdad", en *JOVENes*, Nueva Época, Año 5, N° 14, mayo-agosto, 96-109.
- Torres Torres, Eduardo (2001a). "Expresiones de marginalidad. Siglo XIX y XX". Informe de investigación. La Habana: Centro de Estudios sobre la Juventud.
- _____ (2001b). "La historia después de la historia. Los conceptos de la marginalidad", en *Estudio*, N° 2, julio-diciembre, 39-53.
- Ubieta Gómez, Enrique (1993). "Lo individual y lo colectivo en la cultura moderna. Glosas al margen de un concepto de marginalidad", en E. Ubieta Gómez, *Ensayos de identidad*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- _____ (1996). "Notas para un estudio de la marginalidad en Cuba", en *Contracorriente*, Año 2, N° 4.
- Urani, André (2006). "Viejos y nuevos desafíos para las políticas sociales en América Latina", ponencia presentada en el Taller Internacional y Encuentro ALAS del Caribe. La Habana, Cuba.
- Valdés Paz *et ál.* (2001). "¿Entendemos la marginalidad?", en *Temas*, N° 27, octubre-diciembre.
- Vázquez, Aurora, *et ál.* (2003). "Prevención comunitaria. Realidades y desafíos". Informe de investigación. La Habana: Universidad de La Habana.
- Zabala Argüelles, María del Carmen (1999). "Aproximación al estudio de la relación entre familia y pobreza en Cuba". Tesis de doctorado en Ciencias Psicológicas. La Habana: Universidad de La Habana.